A mi querido amigo José de la Oliva, charmero actor dramático-cómico-genérico

El Autor

FRUTOS DEL FANATISMO

Costi y Cro

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÄS

N.º de la procedencia

FRUTOS

DEL

FANATISMO

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN PROSA

escrito por

CÁNDIDO COSTI Y ERRO

Estrenado con extraordinario éxito en la noche del día 8 de Abril de 1888 en el **Teatro de Novedades** de Madrid.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL
Plaza de Isabel II, núm. 6

1888

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramatica, perteneciente á D. Eduardo Hidalgo, son los encargados de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR

Sr. D. Federico Carrascosa

Dígnese V., querido amigo, aceptar, como testimonio de mi gratitud, la dedicatoria de esta modesta obra que debe á su reconocido talento y cariño con que la prohijó, el satisfactorio éxito obtenido en la noche de su estreno.

El Autor.

Madrid 15 Abril 1888.

722899

Al escribir esta obra ha sido mi objeto rendir un testimonio de admiración y aplauso á los eminentes y humanitarios servicios que presta la benéfica Asociación de la Cruz Roja. Al efecto he procurado dar, en el desarrollo del drama, la alta y caritativa representación que tiene, confiando este propósito al desempeño del personaje del **ANTONIO**, **Médico de la sección de la Cruz Roja**.

Hubiese sido mi deseo haber dedicado su estreno á la misma, pero motivos de delicadeza, fáciles de comprender, me impidieron hacerlo hasta la segunda representación, para lo cual, tan pronto como lo indiqué á su digno Presidente, Excmo. Sr. D. Luis Pérez Rico, admitió por sí y á nombre de los asociados la dedicatoria, con suma galantería, ofreciendo la recomendación de asistencia, así como puso á disposición de la Empresa todo el material que tienen las secciones de Distrito para dar mayor esplendor á la función, consiguiendo el haber alcanzado ésta la mayor solemnidad.

Al hacerlo público por este medio, no tan sólo para dar un testimonio de gratitud por las atenciones y consideración de que fuí objeto por parte del Excmo. Sr. D. Luis Pérez Rico, me permito suplicar á las Empresas de provincias, que me honren con su representación, se dignen dedicar una de sus funciones á la Asociación local de la Cruz Roja, seguras de que, además de ver recompensada su galantería con la asistencia, tendrán el agradecimiento del

AUTOR.

Madrid 15 Abril 1888.

REPARTO

PERSONAJES.	ACTORES.
SOFÍA	Sra. MUÑOZ.
ÁNGELA	» CARRIÓN.
PATRICIO	Sr. CARRASCOSA.
ANTONIO (Médico de la Sección de la Cruz Roja)	» ORTÍN.
EDUARDO (Capitán del Ejército liberal)	» FERRÁNDIZ.
JULIÁN (Auxiliar de la Cruz Roja)	» BENEDÍ.
AUXILIAR 1.º de la Cruz Roja	» GARCÍA.
IDEM 2.º de ídem ídem	» FERNÁNDEZ.

Dos servidores más que no hablan.

NOTA DEL AUTOR. La escena pasa durante la última guerra civil en un caserío de Vizcaya, y el asunto del drama está inspirado sobre base histórica, tomada del siguiente suelto publicado por *La Correspondencia de España*, edición de Madrid, número correspondiente al 27 de Marzo de 1887, que dice así:

«*El Espejo*, periódico americano, dá la siguiente noticia:

»Hace algún tiempo se publicó la noticia del suicidio de un hijo del General Don A... L... de S... A... en la Habana. De la averiguación que las Autoridades de aquella posesión española practicaron para esclarecer el hecho, resultó que la causa por la cual el Sr. S... A... se levantó la tapa de los sesos fué porque sin saberlo se había casado con una de sus hijas naturales.»

ACTO PRIMERO.

La escena representa el exterior de un caserío de Vizcaya. A la derecha, primer término, pabellón con escalinata, habiendo encima de la puerta una bandera de la asociación de la Cruz Roja. A la izquierda, en primer término, casa rústica con emparrado corpóreo, y debajo de él, mesa de pino y sillas de madera ó taburetes. Al foro, vallado rústico, y detrás rampa de izquierda al centro del escenario, terminando frente á la puerta del vallado. A todo foro telón de valle ó montaña. Aparecen en escena Julian, y los cuatro servidores de la Cruz Roja, bebiendo vino. Julián sentado al lado de la concha y los dos que hablan juntos para poderse dar los apartes, y las figuras mudas enfrente. Todos en traje de asociados de la Cruz Roja.

ESCENA PRIMERA.

JULIÁN y cuatro servidores de la Cruz Roja.

JUL. Conque á beber y dejarse de hacerme preguntas. Bien sabéis que la discreción es mi fuerte y ni con tenazas me sacan más palabras que aquellas que quiera decir.

SERV. 1.° Pero en resumidas cuentas no sabemos qué es lo que ocurre entre Doña Sofía, que parece un ángel de bondad, y Don Patricio, su marido, tan zafio y tan...

JUL. Toma... Si yo lo supiese...

SERV. 2.° ¿Qué?

JUL. Os lo diría; pero... ya sabéis; además, soy muy discreto...

SERV. 1.° Conforme, tío Julián; pero es raro lo que aquí ocurre. Ella... guapa... joven aún... Vamos, capaz de hacer perder el caletre á cualquiera; y él, de edad madura... pues...

JUL. *(Con malicia.)* ¡Jé! ¡jé! Ya lo creo. Aquí donde me veis, le llevo algunos años, y sin embargo, cuando bajamos al lugar y veo las mozas bailar al son del tamboril... vamos...

SERV. 2.° ¡Tío Julián!...

JUL. Sí, hijos; me retoza la alegría en el cuerpo y... uno es también de carne y hueso, y venga, venga otro traguete, que se me seca la garganta.

SERV. 1.° Bien por el tío Julián... Allá va. *(Dándole un vaso de vino.)* Aprended, muchachos.

JUL. *(Dándose un chasquido con la lengua y limpiándose.)* Y no perder ripio, que la vida, aunque larga... es corta... y... hay que aprovecharla...

TODOS. ¡Já! ¡já! ¡já!

SERV. 1.° Pues como íbamos diciendo, más que marido y mujer parecen padre é hija, y cuidado que Doña Sofía es de primera.

JUL. Pues *velay*, ahí está para mí el busilis... pero tengo mucha discreción, muchachos; no hacerme hablar...

SERV. 2.° Vaya otro trago, tío Julián. *(Al servidor 1.°)* Le ayudaremos... á ser discretos. *(Beben todos.)*

JUL. *(Con miradas de precaución.)* Creo que en Don Patricio se cumple aquello de «El diablo harto de carne...»

SERV. 2.° Se metió á fraile, ¿no es eso?

JUL. *Eco lo cua*, como dicen los italianos... Es un viejo muy zorro y muy ladino.

SERV. 1.° Tal creo en él; y allá en sus tiempos debe haber sido un peine bueno.

JUL. Hombre, yo no diré tanto, efecto de mi discreción; pero se me viene á la memoria un sucedido que me ocurrió con un fraile franciscano enclaustrado, ¡una púa buena! allá en mis mocedades.

SERV. 2.° Y que nadie conoce el paño mejor que el mismo sastre.

SERV. 1.° Cuéntanoslo; será curioso.

JUL. Aunque exclaustrado, no había podido olvidar su paternidad el chocolate del Convento y tenía la costumbre de ir, allá en Madrid, todas las mañanas al río, al ventorrillo en donde yo estaba de

mozo, y se sentaba debajo del emparrado á tomar su pocillito. *(Exagerándolo en las dimensiones.)*

SERV. 1.° *(Con malicia.)* Con un bizcochito...

JUL. No, con una docena, y á veces hasta con tres panecillos hechos picatostes.

SERV. 1.° ¡Angelito! Luego se iría á su casa á desayunar.

JUL. Menos las veces que pedía para postre del chocolate un par de huevos con magras de jamón.

SERV. 1.° ¡Valiente eleogábalo!

TODOS. ¡Já! ¡já! ¡já!

SERV. 2.° Estaría poco menos que de pupilo en el ventorrillo...

JUL. Poco menos; era muy aficionado al arte de Murillo, y decía que iba á estudiar tonos de colores á la orilla del río. *(Con malicia.)*

TODOS. ¡Já! ¡já!

JUL. No interrumpirme: un día acertó á pasar por allí un vejete muy seco y escuálido vestido de negro, un verdadero murciélago de campanario, y al pasar junto á nosotros, rosario en mano, nos dirigió este místico saludo: «A la paz de Dios, hermanos.» Mi fraile, por toda contestación le enjaretó un latinajo de vara y media, y con sonrisa picaresca murmuró: A veces el rosario es la acusación de la conciencia.—¿Qué quiere decir con eso su paternidad? le pregunté con la mayor discreción, por supuesto.—¿Me has oído, picaruelo? y á mi signo afirmativo continuó:—He querido decir: que quien mucho abusa del rosario es porque la conciencia le pide examen.

SERV. 1.° Y tenía razón; porque para tener caridad y amor al prójimo no hacen falta esas mojigaterías.

SERV. 2.° Como que ese es el modo de estar en gracia de Dios.

JUL. Pues como iba diciendo, y siempre discreto, Don Patricio, no sé por qué teme mucho á nuestro Jefe, y si es bueno al parecer, dicho sea de paso, es por el dominio que sobre él ejerce.

SERV. 2.° Permitidme: ya sabéis que, como aficionado á la caza, salgo alguna que otra tarde. *(Asentimiento.)* Pues no pocas he visto que el tal Don Patricio, al dar su acostumbrado paseo, se aleja con disimulo

de estos alrededores, y una vez á la entrada del bosque acelera el paso sin dejar de mirar hacia atrás con cierto recelo como el que vá furtivamente.

SERV. 1.° ¡Hola, hola! ¿Esas tenemos? Habrá que vigilarle para dar cuenta á nuestro Jefe de lo que notemos, porque donde esa bandera ondee *(Por la de la puerta.)* ha de regir la más estricta neutralidad.

JUL. Nada hay que temer por esa parte.

SERV. 1.° Entonces...

JUL. *(Dándose una palmada.)* Ya está aquí...

SERV. 2.° Hable usted, tío Julián, pero... con discreción. *(Con mofa.)*

JUL. *(Con reserva.)* Y está explicado el por qué de la indiferencia que tiene con Doña Sofía, su mujer.

SERV. 1.° Veamos...

JUL. *(Al servidor 2.°)* ¿Le has visto dirigirse por el arroyo arriba?

SERV. 2.° Sí.

JUL. Entonces va al molino del tío Chapelúa.

SERV. 2.° (¡Canasto! á casa de mi novia.) *(Con ansiedad.)* ¿Y qué va á buscar allí?

JUL. Algún trapicheo que traerá con María Pepa, la hija del molinero.

SERV. 1.° Verdad que el tío Chapelúa es de su ralea, y la María Pepa, desde que...

SERV. 2.° Protesto... María Pepa es mi novia...

SERV. 1.° ¡Hola! ¿Esas tenemos? Te descubriste al fin, chico... He ahí tu afición á la caza...

TODOS. ¡Já, já, já!

SERV. 2.° *(Mal humorado.)* ¿Os burláis?

SERV. 1.° Nó, chico. Allá te las arregles con la María Pepa y tu rival Don Patricio. ¡Já, já!

SERV. 2.° Si fuera verdad le alojaría una bala en el cráneo.

JUL. Y quizás te dieran premio por matar un alimaño. Mas haya paz, y quede la conversación aquí. *(Se levanta.)* Vamos á preparar la marcha, que el Jefe pronto saldrá. Llevadse para adentro la chocolatera y las jícaras. *(Vanse todos menos Julián, dejando á pesar del mandato el jarro y vasos sobre la mesa.)*

ESCENA II.

JULIÁN, y á poco PATRICIO.

JUL. ¿A qué irá al molino? El tío Chapelúa es otro zorro como él. ¡Hum! ¡Qué mala espina me dá! Gracias á mi discreción, no han sospechado nada los muchachos. Pero aquí hay gato encerrado; tendremos cautela, y por lo que pueda convenir, ¡ojo avizor! *(Aparece Patricio con carácter puramente hipócrita y preocupado que sostendrá hasta el acto II.)* Aquí está nuestro hombre como siempre; parece que no ha roto un plato en su vida. ¡Hipócrita!

PAT. ¡Hola! ¿Estabas ahí, buena pieza?

JUL. A su disposición, señor Patricio.

PAT. *(Reparando en la mesa.)* ¿Qué es esto? ¿Tan de mañana ha habido ya vino?

JUL. Es el chocolate de los pobres, señor.

PAT. De seguro que no os habréis acordado de rezar ni dar gracias á Dios...

JUL. ¿Por habernos proporcionado este traguete? Sí señor; y de todo corazón.

PAT. ¡Por permitiros aún admirar la luz del día!

JUL. Eso lo hace todo buen cristiano al despertar. Yo no me acuesto ni me levanto un solo día sin recitar una oración, á mi modo, pero que tengo la seguridad de que Dios me la admitirá con la misma bondad que yo la digo, con fe y recogimiento.

PAT. ¡Sandeces é irreverencias!

JUL. Pues mire usted, señor Patricio; lo cierto es que yo duermo y vivo á la pata la llana sin remordimientos ni reconcomios que me atormenten como á otros que se tienen por santos varones. (Chúpate esa.)

PAT. Así tendrás al demonio á tu lado en constante tentación.

JUL. Trabajillo le mando á ese amigo si lo ha de conseguir. Desengáñese usted; el que como yo no piensa en el trabajo, y tiene su conciencia tran-

quila y hace cuanto puede por el prójimo, según lo manda Dios, no teme al diablo, así vengan todas las legiones del Infierno en columna cerrada. *(Antonio al paño en la casa derecha.)*

PAT. *(Santiguándose.)* ¡Jesús, María y José! Cuánta herejía... Digna escuela de tu amo que ostenta las nuevas teorías del día.

ESCENA III.

DICHOS y ANTONIO.

ANT. Que son las más sanas y propias de todo buen cristiano.

JUL. (Anda; ahora verás lo que es bueno.)

PAT. ¡Antonio! ¡Antonio!

ANT. *(Sin hacerse caso.)* Preparáos y en marcha, que con la proximidad de ambos ejércitos será lo probable haya hoy algún combate. *(Vase Julián y vuelve á salir inmediatamente con los auxiliares que sacarán una camilla desarmada y distribuida entre los cuatro y Julián un banderín de la Cruz Roja.)* Te has empeñado, Patricio, con tu fanático rigorismo, en sostener continuas polémicas que tanto te excitan y perjudican tu salud. Soy contigo al momento. *(A los servidores.)* Nuestro deber nos llama al campo de batalla: bajo la protección de Dios hemos de correr al lado del desgraciado herido para restañar su sangre y conducirle al lecho en donde la ciencia ha de disputar sus víctimas á la muerte. La caridad no admite distinciones de ningún género, sino ocasiones de practicarlas, guiados únicamente por el amor del prójimo, despojada de todo interés y ambición como no sea la de su ejercicio. ¡Valientes hermanos de la Cruz Roja! vamos, orgullosos de nuestra misión, á cumplirla satisfactoriamente. *(Entusiasmo en los servidores.)* En marcha, pues, que en breve os saldré al encuentro. *(Julián hace mutis por el foro y rampa con los servidores. Antonio se aproxima á Patricio, que está taciturno y pensativo.)*

ANT. Vamos á ver, ¿cómo te encuentras hoy?

PAT. A decir verdad, peor que otros días.

ANT. Es claro, te excitas... *(Tomándole el pulso.)* La pulsación nada acusa: mírame fijamente... Basta.

PAT. Bien sabes que después de Dios tengo puesta en tí mi fe, y si me dices que sanaré, cuento con volver pronto á mi natural virilidad.

ANT. Fuerza es que nos ocupemos en serio de tu enfermedad, en la que si bien veo causas físicas que originen tu estado febril, hay, á mi juicio, un desorden moral y no pequeño, que motiva el de tu organismo. *(Con cariño.)*

PAT. ¡Antonio!

ANT. Sí, Patricio; doloroso me es el decírtelo; pero á pesar de mis conocimientos, y tener estudiado perfectamente tu temperamento, y constitución, me considero impotente si no abres tu pecho al amigo de la infancia, mejor dicho, al hermano, para que, conocidas las causas, pueda destruir los efectos. ¡Estás en verdadero y próximo peligro de muerte! Dispénsame esta rudeza.

PAT. ¡Antonio!... no puedo, ¡no quiero morir! necesito vivir: tengo aún un sagrado deber que cumplir, origen de la tristeza y desdicha que me aniquilan. ¡No puedo con el peso del remordimiento! ¡Antonio!

ANT. Tranquilízate, Patricio; confía en mi leal amistad para alcanzar el noble propósito que anhelas. Hazme partícipe de ese secreto, si me crees digno de saberlo.

PAT. No quiero referírtele á la ligera; necesito le conozcas en toda su extensión y detalles.

ANT. Concreta.

PAT. Soy un infame, un miserable, Antonio; tengo además de Angela un hijo natural abandonado á su propia suerte.

ANT. *(Sorprendido.)* ¡Otro hijo más! ¡Tú, el santo varón, el impecable y justo!

PAT. No abuses del dominio que sobre mí ejerces, ni de la confesión que acabo de hacerte. ¡Sé compasivo!

ANT. Tienes razón; habla y no dudes de mi lealtad.

PAT. Te entregaré, á tu regreso, un manuscrito que tenía preparado para caso de muerte.

ANT. Entonces, si con lealtad ayudamos á la ciencia procurando desterrar las causas morales que te afligen, respondo de tu existencia.

PAT. ¡Oh! ¡gracias, Dios mío!

ANT. Señalaré á mi regreso un plan especial con que darte la vida. Adiós; voy á reunirme con mis servidores, pues dada la proximidad de los combatientes, habrá algún hecho de armas, y mi presencia se hace necesaria al lado del afligido. Mientras tanto regreso, calma y confianza. *(Vase foro y rampa.)*

ESCENA IV.

PATRICIO y SOFÍA.

PAT. Me han consolado sus palabras... *(Acercándose á la puerta.)* ¡Sofía! ¡Sofía!

SOF. *(Alarmada.)* ¿Qué te ocurre, Patricio? ¿Te encuentras peor?

PAT. *(Con alegría.)* Al contrario.

SOF. Desconfío de esta reacción. ¡Tú alegre!

PAT. Sí; me ha asegurado Antonio que sanaré.

SOF. ¿Y cómo tan inesperadamente? (¡Esa alegría en su rostro!)

PAT. Han mediado entre los dos explicaciones que...

SOF. *(Con cariño.)* De tal índole que una esposa...

PAT. *(Adusto.)* No debe saber.

SOF. Verdad, Patricio; dispensa que participe de tu misma alegría, haya olvidado por un momento que, más que al esposo, dirijo la palabra al despótico señor que manda esclavos.

PAT. *(Amenazador.)* ¡Sofía!

SOF. Nada temo; la tímida paloma de ayer se ha convertido en fiera y altiva águila que está dispuesta á la lucha. *(Pausa.)*

PAT. ¡Esa actitud! ¡Sofía!

SOF. ¡Natural en toda mujer honrada que se ve ultrajada en su dignidad y en sus derechos! *La entona-*

ción y energía del recitado de esta relación ha de evitar la pesadez de ella.) Hace siete años fallecía en mis brazos una virtuosa esposa, cuyo marido, proscripto en país lejano, huía de los efectos de terrible sentencia. Una huérfana amparada en aquel hogar, dominado por el dolor y la tristeza, recogía, á falta del ausente esposo, su último suspiro. Asimismo, consolaba á una tierna niña de ocho años de edad que quedaba bajo su solo amparo, protección y cuidados. Se comunicó la infausta nueva al padre, y al poco tiempo se presentaba en la casa su apoderado solicitando á su nombre la mano de la huérfana, no sólo por agradecimiento y recompensa á la solícita asistencia que había dedicado á la difunta, sino para poder dar una madre, aunque adoptiva, á la pobre niña, que velara por su infancia. Tal influjo ejerció en el ánimo de la sorprendida huérfana este ruego, que aceptó por caridad, más que por egoismo, la proposición, y el matrimonio se verificó, por poderes, á los pocos días.

PAT. No comprendo á qué referir los pormenores del nuestro...

SOF. No he terminado. Hace unos tres meses que el marido regresó á España indultado, gracias á la influencia de un buen amigo suyo.

PAT. Sí, ¡gracias á Antonio! ¡Y bien!

SOF. Que desde tu regreso, ¡puesto que te conoces! has debido olvidar que soy tu legítima esposa, sin que pueda justificar, ni aun por la más remota sospecha, los motivos que tengas para repudiarme. Como esposa, sé que tengo deberes que cumplir y cumplo dignamente; pero también el derecho de no verme ultrajada con tu incomprensible conducta, que me dá lugar á creer dediques á otra mujer el cariño que á la tuya debes tener, rebajando así mi dignidad en el seno de la familia.

PAT. Aleja de tu mente ese género de sospechas. Hay circunstancias, Sofía, en que la conciencia...

SOF. ¡Conciencia tú! ¡Conciencia el padre que ve morir lentamente á su hija por contrariarle honrados amores que le impone la ley tirana del co-

razón, que no reconoce valla ni freno alguno á su impetuoso deseo!

PAT. ¡Es mi hija, y me debe obediencia!

SOF. Pero no vil esclavitud ó locos caprichos. Tú que eres su padre, no sientes aquí el acendrado cariño que yo la dedico. La he visto nacer, he cuidado de su infancia y hoy guío su adolescencia. Soy, por consiguiente, y me proclamo su madre adoptiva á la par que su hermana, puesto que juntas, confundidos nuestros dos corazones en uno solo, lloramos nuestras penas y reímos nuestras alegrías.

PAT. ¿Qué intentas?

SOF. Intentar nada, sino llevar á cabo mi propósito de romper las cadenas que á ambas nos esclavizan, pidiendo auxilio y amparo para las dos víctimas que gimen y padecen bajo tu infame opresión.

PAT. *(Amenazante.)* ¡Me declaras la guerra!

SOF. *(Con valiente resolución.)* Sí; esta falsa situación no puede continuar por más tiempo; acudiré al Doctor, á tu amigo Antonio, tan honrado como caballero.

PAT. *(Intentando avalanzarse sobre ella en actitud amenazante.)* Miserable, ¿qué dices? *(En este momento se oye un lejano tiroteo y toque de cornetas.)* (¡Esos tiros! mi deber me llama...) *(A Sofía.)* Pronto volveré; y ¡ay de tí, desgraciada, si no te retractas de cuanto has dicho! *(Váse foro precipitadamente subiendo la rampa.)*

ESCENA V.

SOFÍA, luego ANGELA.

SOF *(Cayendo de rodillas al desaparecer Patricio.)* ¡Dios eterno! ¡Dios poderoso! Tú, que desde las alturas riges los destinos de la mísera humanidad, ¡ilumíname para que cese en mí tanta lucha y martirio!

ANG. *(Dentro.)* ¡Sofía! ¡Sofía!

SOF. *(Yendo al encuentro.)* ¡Pobre niña! Ven, aquí estoy.

ANG. ¿No oyes? ¡Esos tiros! Ese tropel y confuso griterío... ¡Esos toques de cornetas!

SOF. No te alarmes; será una ligera escaramuza; apenas se sienten ya.

ANG. ¡La guerra! ¡Qué horror! ¡Cuánta muerte!

SOF. Sí; pero no todos los que van á la guerra mueren.

ANG. *(Con amargura.)* ¡Es bastante un solo disparo para que, con mortífero proyectil, corte el hilo de una preciosa existencia!

SOF. Tienes razón. Mas pensemos en tí, Angela mía; estás enferma y es preciso nos cuidemos de nosotras mismas, sin que por eso desatendamos en lo posible á los demás. Hoy estás más pálida, más ojerosa.

ANG. Pues no me duele nada; solamente aquí en el corazón siento una violencia en el latir que no me lo explico... una tristeza...

SOF. Vamos, anímate; es consecuencia lógica de que no sabes de Eduardo hace dos meses.

ANG. ¿Has visto qué ingrato? ¡Ni una sola carta!

SOF. Destierra esas preocupaciones que tanto te entristecen. Eduardo te es fiel; es más: puedo asegurarte que no te olvida un solo instante.

ANG. Entonces ¿cómo se explica?

SOF. Ten presente que estamos en medio del campo de operaciones, motivo que dificulta la libre circulación del correo.

ANG. ¿Y cómo papá y el Doctor reciben diariamente las cartas y periódicos de Madrid?

SOF. ¡Oh! ¡qué martirio! ¡Quién sabe si circunstancias inesperadas lo impedirán!...

ANG. ¡Oh! la ansiedad por saber de él me mata.

ESCENA VI.

DICHAS y JULIÁN.

JUL. ¡Señora Sofía! ¡Señora Sofía! *(Bajando por la rampa foro.)*

SOF. ¿Qué ocurre, Julián, que vienes tan azorado?

JUL. ¡Traemos un herido!

ANG. ¡Un herido!

JUL. Sí; un bravo Capitán del Ejército liberal.

ANG. ¡Pobrecito! ¿Y viene grave?

JUL. No es gran cosa; un balazo que le atraviesa el cuerpo de parte á parte.

ANG. ¡Jesús!

SOF. ¡Y dices que no es nada! ¡Desgraciado! ¿Y qué dice tu amo?

JUL. Por eso digo que no es nada. Cuando él no ha fruncido el entrecejo al reconocerle... ¡Si sabré yo quién es mi amo! Es mucho médico.

SOF. ¿Pero qué dijo?

JUL. ¡Otro triunfo más! No dijo más palabra.

ANG. ¡Dios sea loado!

JUL. ¡Pues ya lo creo! Deje usted que le coja por su cuenta. Es mucho médico mi amo. Ahí viene.

ESCENA VII.

DICHOS y ANTONIO.

ANT. *(Por la rampa foro.)* Cese, cese la alarma. No hay peligro por ahora de que se reproduzca. *(Al reparar en Sofía y Angela.)* ¿Pero qué les pasa á ustedes?

ANG. ¿Y el herido, morirá?

ANT. No, hija mía, Dios mediante; pero este estado de excitación...

SOF. Es natural, Antonio. Es el primer caso de esta índole en que se encuentra.

ANT. ¿Está la cama preparada?

SOF. ¿Qué cama?

ANT. Pero... Julián. *(Con tono de reproche.)*

JUL. No sabía cómo decírselo á las señoras. ¡Como soy tan discreto!...

ANT. El diablo cargue con tu discreción, majadero. Pronto, Sofía; pronto una cama para hacerle la primera cura, porque la herida es de gravedad.

JUL. (Eso sí que es una indiscreción que yo no me atreví á decirla.)

ANT. Tú, Julián, sal al encuentro de ellos para ayudarles á bajar la cuesta. *(Váse Julián foro.)*

ANG. ¿Qué habitación preparo, Sofía?

SOF. La mejor que haya en la casa. ¿Cuál le parece á usted, Antonio?

ANT. La que dá sobre la huerta, que es la más alegre y ventilada.

ÁNG. Corro á prepararla; con permiso de ustedes. *(Vase casa.)*

ESCENA VIII.

SOFÍA y ANTONIO.

SOF. ¿Viene usted del lugar del combate?

ANT. Sí; afortunadamente no ha sido más que un ligero tiroteo entre dos avanzadas, apostada la una con ventaja, premeditación y alevosía en la fragosidad del terreno, y vilmente engañada la otra por un guía que le salió al encuentro. Lo que es lo mismo: el asesinato, por más que lo encubra la estrategia de la guerra.

SOF. ¿Ha resultado algún muerto?

ANT. No; gracias á la pericia y valor del Jefe de la avanzada liberal, que es el que traigo herido, que á la bayoneta desalojó á los contrarios.

SOF. ¿Confía usted en salvarle?

ANT. Creo que la ciencia ha de triunfar.

SOF. ¡Dios le oiga y ayude! Quisiera, Antonio, aprovechar estos instantes para hablarle de un asunto grave; pero ante todo, y sin que se dé por ofendido de mi exigencia, he de confiar en su honor y caballerosidad que ha de prestarme, además de su reserva, su valioso concurso.

ANT. Lo juro por mi honor, Sofía.

SOF. ¡Patricio, su amigo de usted, es un infame y un miserable!

ANT. *(Con extrañeza.)* ¡Patricio! ¡Su esposo de usted! (¿Qué es esto?) Sofía, encierran tal gravedad esos cargos... Siempre he creído que mi amigo era un loco, un fanático, pero jamás un miserable, y menos dicho por usted.

SOF. Lo sostengo con la mano puesta en el corazón y la vista y fe en Dios.

ANT. Hable usted; la escucho.

SOF. Como entendido Doctor, habréis observado que la lozana flor de la vida de Angela viene marchitándose hace algún tiempo; esto es, desde nuestra salida de Madrid.

ANT. Efectivamente; mas no creo haya peligro alguno, porque la naturaleza de Angela se encuentra en el período álgido de la transición de una edad á otra, y creo que la robustez de su constitución ha de salir victoriosa en la lucha.

SOF. Estáis en un érror; no es ese el motivo principal de su decaimiento físico; es la tirana severidad de su padre.

ANT. Explíquese usted, Sofía; no la comprendo.

SOF. Usted habrá creído que al venir á este caserío bajo su garantía y benéfica misión, por la que somos respetados de uno y otro bando, accedió á la súplica de un enfermo que pedía variar de aires para recuperar su salud perdida.

ANT. ¡Quién lo duda! Sí; es verdad; y él no ha faltado en lo más mínimo al juramento que me tiene hecho de no intervenir para nada en estas luchas fratricidas, y creo no le preocupe más que el deseo de restablecerse y ser en lo posible consuelo y alegría de su familia.

SOF. Estáis equivocado. Un interés oculto detiene aquí á Patricio, y quizá esa infame emboscada que ha producido ese desgraciado herido habrá sido, probablemente, preparada por él.

ANT. *(Con severidad.)* ¡Sofía!

SOF. Sí; es capaz de eso el que goza siendo verdugo de su hija y de la que llama su esposa.

ANT. *(Alarmado.)* ¿Qué dice usted?

SOF. Comprendo sorprenderán á usted estas palabras en mi boca; mas si la honradez y la conciencia exigen actos supremos de heroismo, aquí estoy yo, como víctima voluntaria y decidida, dispuesta al sacrificio.

ANT. ¡Explíqueme por Dios!

SOF. Angela está en relaciones con un Teniente de

Infantería del Ejército liberal, y su padre, no por amor filial, sino á impulsos de su fanatismo y de sorda avaricia, se opone tenazmente á esos amores.

ANT. *(Sorprendido.)* ¡Por avaricia!

SOF. Ya sabe usted que todo el caudal perteneceá Angela, como legítima de su difunta madre.

ANT. Basta; no diga usted más; al casarse Angela cesaría Patricio en el usufructo de las rentas... comprendido. Mas en cuanto á usted...

SOF. Bien conoce usted los pormenores de nuestro matrimonio. Comprendo que á él le guiará el egoismo en favor de su abandonada hija; así lo creo; pero después de su llegada á España me ha demostrado, con la incalificable conducta que conmigo observa, que ó no soy su esposa más que en el nombre, y mi puesto en su corazón lo ocupa alguna aventurera, ó que le soy tan despreciable y repulsiva que se haga necesaria una reparación radical.

ANT. ¿Y qué causa motiva tan anómala situación?

SOF. Lo ignoro; no sé más sino que, desde su regreso, vivo en continuo martirio, arrastrando la fría y tétrica cadena de la esclavitud moral.

ANT. Creo en sus palabras, Sofía, y me asombra tanta maldad en Patricio. *(Patricio baja la rampa recatándose y atraviesa la escena por el foro, yendo á ocultarse á la derecha para hacer la salida en la próxima escena.)*

SOF. Fuerza será que lo creáis; y si cual yo estimáis la honra de esa inmaculada enseña, *(Por la bandera.)* tomad vuestras medidas; pues á la sombra y amparo de su inmunidad se oculta la fiera que con hipocresía y sanguinarios instintos no reparará ni en amistad, ni en familia, ni aun en su propia honra, para saciar torpes pasiones.

ANT. Una voz secreta me ordena dé crédito á sus palabras, Sofía; cuénteme usted por su aliado para combatir juntos el peligro.

SOF. ¡Oh! gracias. Me retiro á ayudar á Angela. *(Vase casa.)*

ANT. Y yo voy al encuentro del convoy. *(Vase foro*

Patricio sale sigilosamente por el lado contrario del foro; principio de tormenta.)

ESCENA IX.

PATRICIO, solo.

PAT. Sí, vé por él... Veremos si entra en mi casa... ¡Que yo tenga que sucumbir á que al amparo de esa bandera se cobije!... ¡Maldición! *(Truenos.)* ¡No será! ¡Ruge!... ¡Desgárrate, cielo, y confúndeme antes que esta solariega casa albergue á ningún liberal!... ¡Ya llegan!... ¿Qué hacer? *(Desenvaina un puñal.)* ¡Oh! ¡El infierno me inspira, sí! ¡Cien veces antes la muerte! ¡Atrás! *(A Antonio, que bajará por la rampa, impidiéndole la entrada.)*

ESCENA X.

ANTONIO y PATRICIO.

PAT. Es inútil conduzcas á ese hombre á esta casa. No puede penetrar en ella.

ANT. ¡Qué dices, Patricio! La caridad no reconoce límites.

PAT. ¡Repito que no! Ese hereje no entra en mi casa *(Blandiendo el puñal.)*

ANT. ¡Insensato! *(Con desprecio.)*

PAT. *(Cogiendo el puñal con la mano izquierda por la hoja y mostrando con la derecha la cruz de la empuñadura.)* Desiste de tu propósito, ó te juro por esta cruz, que por su forma es para mí tan sagrada como la del Gólgota, que sucumbiréis bajo su acerada punta.

ANT. *(Con majestuoso desprecio.)* ¿Y eres tú el que á la sombra de la enseña de la redención predicas la caridad para abrigar el odio y ejercer el exterminio? ¿Es quizá porque es tu enemigo? pues perdónale imitando á Jesucristo, que desde aquel madero del Gólgota, que tan falsariamente invocas, perdonó también á sus verdugos. *(Abatimiento*

de Patricio dominado por las palabras de Antonio.) ¡Miserable hipócrita! ¡que estás al borde de la tumba, de la que trato de arrancar, y me amenazas con tu puñal!... ¿Es esta tu gratitud? ¿Es este el cumplimiento de la palabra que tienes empeñada? ¡Verdugo de tu hija y esposa! ¡Habla! *(Muestra de cólera reprimida de Patricio y siempre dominado por Antonio.)* ¿Tiemblas? ¿Te agitas cual asqueroso reptil? ¡En tu mano oprimes fratricida puñal, símbolo de vileza y cobardía! ¿No acabas de hacerme un juramento? Aquí tienes mi pecho; sacia en él tu sanguinario apetito; clava esa traidora lengua de acero, hasta que la cruz de la villanía y de la infamia, que es la que manejan los miserables, se detenga en la de la caridad, *(Por la de la cruz roja que llevará en el uniforme.)* ante cuya sola vista te confundes y anonadas! ¡Clava! Dá el artero golpe, ¡¡miserable y cobarde asesino!!... *(Transición, y aprovechando el momento en que Patricio completamente está dominado, le quita el puñal.)*

ESCENA XI.

DICHOS; SOFÍA y ANGELA saliendo de su casa.

ANG. *(Corriendo hacia su padre, que procura mostrar serenidad.)* ¡Papá! ¡Papá! ¿Qué gritos son estos? ¿estás peor? *(Patricio al ver á su hija se pasa á la izquierda.)*

ANT. *(A Sofía.)* (Tiene usted razón; estamos sobre un volcán de pasiones que á todo trance hay que conjurar.) *(Los camilleros, con Julián á la cabeza, conducen á Eduardo en la camilla, procurando atravesar pausadamente desde la rampa al pabellón, viniendo Julián á la cabeza, que traerá un banderin de la Cruz Roja y el ros, sable y rewolver del herido.)* ¡Hermanos de la Cruz Roja! Adelante en el cumplimiento de nuestro sacrosanto deber, sin reconocer diferencias ni condiciones, arrollando, doquiera se encuentre esta cruz *(Por el puñal.)*, símbolo del crimen, con la que ostentamos en nuestros pechos fuente de inagotable consuelo

y caridad. *(Tira el puñal, y los servidores pasan por encima de él con la camilla, á la que se acercará Sofía, reconociendo en el herido á Eduardo.)*

ANG. ¡Gran Dios! ¡Mi Eduardo! ¡Él!... ¡Él, Dios mío!... *(Sofía ha corrido á ella y la recibe en sus brazos desmayada. Patricio mira asombrado el cuadro que se presenta, y Antonio corre á él, le coge la mano derecha y le señala con severidad el grupo de Sofía y Angela.*

SOF. ¡Socorro! ¡Antonio! ¡Pobre niña!

ANT. Ahora lo comprendo todo; pero mal que te pese, sanará y será el esposo de tu hija... ¡Mira tus víctimas! ¡Miserable! *(Concluye de hablar rechazándole bruscamente. Patricio cae automáticamente sobre una silla, y Antonio va al lado de Sofía y Angela.)*

TELÓN RÁPIDO.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Casa blanca amueblada severa y místicamente con profusión de cuadros de imágenes sagradas. Dos puertas á la derecha, y á la izquierda ventana de cristal en primer término, y en segundo puerta, como asimismo al foro. A la derecha un veladorcito teniendo encima un canastito, al parecer con trapos, de los que aparecerán haciendo hilas, sentadas junto al velador, Sofía y Ángela. A la izquierda mesa antigua con tapete y recado de escribir. Junto á ella, y al lado de la concha, sillón de vaqueta, y junto á él silla volante y un taburete. Al foro, á la derecha, mesa con botiquín, vasos y botella de agua. En la primera puerta estará en figura de portier la bandera de la Cruz Roja que figura en el primer acto. Julián aparecerá sentado en el sillón leyendo un libro. Reloj, bien de pared ó sobre la mesa del foro. Lo mismo Antonio que Jullán y el servidor que habla en el tercer acto salen sin talma, pero con brazalete, y este último con gorra de uniforme.

ESCENA PRIMERA.

SOFÍA, ANGELA y JULIÁN.

SOF. ¿Qué lees, Julián, que tan preocupado te muestras?

JUL. *El tesoro de la vida:* ¡una gran cosa! Libro que encierra máximas y pensamientos de hombres célebres, y en verdad que es un tesoro, porque dice cada cosa...

SOF. ¿Dónde te has proporcionado ese libro? No recuerdo haberlo visto en casa.

JUL. Claro que no; como que me lo ha regalado el señor Eduardo, nuestro enfermo.

ANG. ¿Eduardo?

JUL. Sí, señorita; y que lo estimo más que si me hubiese dado mil duros, porque dice cada cosa... *(Exagerando.)* ¡unas verdades más grandes!...

SOF. Léenos algo.

JUL. Voy á hacerlo por donde precisamente le tengo abierto, que se refiere á la prudencia y á la discreción, que es mi fuerte.

SOF. O lo que es lo mismo, tu dón de errar, porque no abres una sola vez la boca para hablar con discreción que no resulte una imprudencia y con ella un gran disgusto.

JUL. (¡Es fuerte cosa, señor!)

ANG. *(A Sofía.)* ¡Pobrecillo! Déjale.

JUL. Pues mire usted; no sé cómo sea eso, porque mi ánimo al entremeterme en alguna conversación...

SOF. Sí, estamos conformes; te guía la mayor inocencia, pero tienes el dón de errar.

JUL. Pues ahí tiene usted el por qué leía con tanto interés, á fin de aprender y enmendarme.

ANG. *(A Sofía.)* (No le mortifiques más.) Vamos, Julián, léenos alguna máxima.

JUL. Allá voy. *(Leyendo torpemente.)* «*Antes de palabra dar, pensar y meditar.*»

SOF. Por esa máxima eres muy pródigo en hablar y mezquino en meditar.

JUL. ¡Qué quiere usted! Cuando uno tiene una imaginación tan viva... Allá va otra: «*Gato maullador, nunca fué cazador.*»

SOF. Ese refrán es muy español y verdadero.

JUL. Pues maldito si yo le comprendo.

ANG. Bien fácil explicación tiene. Quiere decir que el gato que maulla ahuyenta los ratones y no los caza.

JUL. ¿Y qué tienen que ver la prudencia y discreción con las ratas y ratones?

SOF. Te enseña á que si alguno viene á sorprender tu buena fe, seas prudente, y en tu afán de hablar no le digas lo que no debe saber.

JUL. Pues yo no sé qué hacer para no errar. Así como á la lengua se la dice por algunas gentes la sin hueso, creo que debía estar llena de ellos y tachuelada al cielo de la boca para no moverla con tanta facilidad. Así costaría más trabajo ser imprudentes.

ANG. Con fuerza de voluntad se consigue todo; pero

vamos á otra cosa: ¿cuándo va á levantarse Eduardo, Julián?

JUL. Ya debía estarlo; pero no sé qué cosa tenían que hablar el Doctor y él, y yo me salí, por prudencia... cuando me lo mandaron.

SOF. Já! já! já!

JUL. ¿Hay también algo de malo en eso?

ANG. *(Riéndose.)* Sí, hombre, sí; la persona bien educada y discreta, cuando comprende que estorba, no debe esperar á que le digan que se marche.

JUL. Pues entonces soy un borrico; lo reconozco. Yo creí que era una falta de cortesía dejarles con la palabra en la boca, y esperé á que me dijera el Doctor indirectamente alguna cosa, como me la dijo.

ANG. ¿Y qué te dijo?

JUL. Pues sencillamente. Vete de ahí, gaznápiro... ¿no ves que estorbas?

SOF. No pudo ser más indirecto. Já! já! já! *(A Angela.)* (En medio de su barbarie no puede ser más sencillo.)

ANG. A ver si con tus cosas pones de mal humor al Doctor. *(Voces de Antonio llamando á Julián.)*

JUL. Cá, no lo crea usted... ¡Voy, señor! ¿Vé usted? Ya me llama.

SOF. Corre, no te detengas.

JUL. Dejaré aquí el libro para que en cuantico que acabe, leérmelo de cabo á rabo. ¡Hay aquí mucho bueno!

SOF. Pero para tí muy árido.

JUL. Con su permiso. *(Vase primera derecha.)*

ESCENA II.

SOFÍA y ANGELA.

ANG. Aún faltan diez minutos para el plazo que señalamos á la tarea.

SOF. ¡Verdad que has estado muy trabajadora, hija mía!

ANG. *(Con candidez.)* ¡Si son para mi Eduardo!

SOF. ¡De modo que te alienta al trabajo únicamente el interés que sientes por él!

ANG. No seas cruel, Sofía. Bien sabes que no olvido las lecciones de religión y moral que me das, y sobre todo, el amor que debemos tener al prójimo como á nosotros mismos.

SOF. No es reñirte, Angela, sino llamarte la atención sobre las inconveniencias que á veces acarrea el hablar sin meditar antes lo que va á decirse. No imites á Julián.

ANG. *(Con cariñoso reproche.)* ¡Sofía!

SOF. No debemos separarnos jamás de la prudencia. Dame un beso.

ANG. Uno no; dos. El primero para satisfacer tu deseo, y el segundo en recompensa de la nueva lección que acabas de darme y por tu afán en enseñarme; soy muy niña, lo reconozco; pero á tu lado llegaré á ser mujer de provecho.

SOF. Así lo espero, máxime contando como cuento con tu buen deseo.

ANG. ¡Tarda mucho Don Antonio! ¿No te llama esto la atención?

SOF. Tu febril impaciencia te hace olvidar que hoy abandonará Eduardo el lecho por primera vez y el Doctor no se separará de su lado hasta que no esté vestido. ¿No has oído que llamó á Julián sin duda para que le ayudase?

ANG. Sí, tienes razón... ¡Ay! ¡qué día aquel en que le trajeron! ¡No sé cómo no morí de pena cuando le reconocí en la camilla!

SOF. Grave fué el síncope que te acometió, pues tardaste más de una hora en volver de él. Gracias á que Eduardo venía también aletargado por la pérdida de sangre, pues de verte le hubiera perjudicado la violencia de la impresión.

ANG. ¡Qué cruel ha estado Don Antonio no permitiéndome verle hasta hace pocos días!

SOF. El curso de la enfermedad lo ha exigido así; además ha habido que salvar varios inconvenientes, entre ellos la tenacidad de tu padre y sobre todo el de ir preparando paulatinamente á Eduardo por requerirlo así su delicado estado.

ANG. Parece que la herida de la espalda la tiene completamente cicatrizada. ¡Concluí!... *(Deja de hacer hilas.)*

SOF. Y á juzgar por lo que dijo Julián, fué la que más impresionó al Doctor.

ANG. ¡Pobre Eduardo! ¡Cuánto sufre!

ESCENA III.

DICHOS.— ANTONIO, que sale por la primera derecha en traje de casa.

ANT. ¿Qué tal van esas tareas? ¡A que tendré que llamar á ustedes holgazanas!

ANG. ¡A que no! ¡Mire usted la mía concluída! ¿Y Eduardo, se ha levantado?

ANT. Le acabo de dejar junto á la ventana, en donde permanecerá hasta que se desayune, y luego, apoyado en Julián y Sofía, le sacarán en ocasión oportuna para que se entreviste con tu papá por primera vez.

ANG. *(Con alegría.)* ¿De veras? Pero...

ANT. Déjanos á Sofía y á mí, limitándote tú á oir, ver y callar.

SOF. Tiene usted razón; y tú, Angela, no seas impaciente.

ANT. Verás cómo vencemos la obstinación de papá. *(Voces dentro foro de Patricio.*

SOF. De vuelta está de su paseo.

ANT. Pues marchad con Eduardo y dejadme con él; cuando me vaya os llamaré; y tú, Angela, procura distraerle leyéndole el Santo del día, ú otra cosa, puesto que ese es su deleite; y usted, Sofía, les acompaña sin desamparar esa habitación. *(Con intención y por la en que figura que está Eduardo.)*

SOF. Así se hará. Sígueme, Angela.

ANG. Adiós, mi buen Doctor.

ANT. ¡Anda con Él, picaruela! (¡Pobrecilla! ¡Qué buena es! ¡Al fin desterramos la terrible enfermedad que empezaba á destruirla!) *(Angela y Sofía han hecho mutis por segunda derecha, y Patricio aparece por el foro con boina y cayado demostrando viene de paseo.*

ESCENA IV.

ANTONIO y PATRICIO.

PAT. ¡Buenos días, Antonio! *(Se sienta en el sillón.)*

ANT. Buenos los tengas, Patricio. Veo con gusto vas fortaleciéndote *(Con reproche.)* ¡Pero ese pícaro carácter!

PAT. ¡Qué! ¡qué tiene mi carácter!

ANT. Vá á impedir tu completa curación.

PAT. Cúmplase la voluntad del Señor.

ANT. Que exige seamos cuerdos arrojando lejos de nosotros todo pensamiento bastardo en perjuicio de nuestro semejante.

PAT. ¡No sé á qué vienen estas nuevas recriminaciones! Me ves humilde y obediente á tus deseos, á tus órdenes mejor dicho... Consiento en que ese Oficial permanezca en mi casa hasta su completa curación, y últimamente me has obligado á que mi hija y Sofía le vean y le hagan compañía, y... también he consentido. Creo no puedes tener queja de mí.

ANT. Tú y ellas cumplís con una obra de misericordia; pero hoy, considerándote algo más juicioso, tengo que hacerte una nueva exigencia. *(Se sienta á su lado.)*

PAT. *(Con recelo.)* ¿Qué más quieres? ¡Otra exigencia!

ANT. Que tú serás el primero en acceder, cuando la conozcas, por tu propio decoro.

PAT. Te escucho.

ANT. Hoy se levanta tu huésped por primera vez, y estás en el deber de usar con él cierta...

PAT. ¡No quiero verle! ¡Jamás!

ANT. Sí, le verás; y después de que le hables podrás convencerte es un cumplido caballero, acreedor á tu consideración y hasta merecedor de ser el esposo de Ángela.

PAT. ¡Nunca! ¡Antes la sepultaré en un convento ó la mataré! *(Se levanta Antonio.)*

ANT. ¡Qué dices, desgraciado! ¿Y eres tú el que te pre-

cias de cristiano? Eres ¡desdichado! un loco fanático. *(Con energía.)*

PAT. ¡Soy su padre!

ANT. *(Con entereza.)* Pero no su opresor ni su verdugo, que, á pretexto de derechos paternos y de fingida virtud, intentas ejecutar actos criminales. ¿Con qué autoridad pretendes encerrar á tu hija en un convento, satisfaciendo ridículas preocupaciones, aunque con falacia é hipocresía pidas auxilio á la ley, para privarla de los derechos que la ha concedido la Naturaleza?

PAT. *(Con exaltación fanática.)* A esa pérfida escuela del día será á la que tú rindas culto.

ANT. ¿Qué intentas más que un infame cautiverio; un secuestro ejecutado por tí, por el que invocando las máximas de Jesús está en el deber de redimir al cautivo? Dices que en caso contrario ¡¡la matarás!! ¿Quién eres tú, ¡mísero mortal! ni quién en este mundo, por grande que sea su posición ó potestad, tiene derecho para amenazar con la muerte, facultad que sólo reside en Aquél que dá la vida? *(Señalando al Cielo.)*

PAT. *(Con explosión de cólera.)* Siempre he creído cercenada por el error tu imaginación, rindiendo culto á las nocivas exigencias que dices trae la nueva marcha social; pero, tras de ese ideal os precipitáis arrastrados por la infernal carroza de eso que llamáis ¡¡progreso!! en el abismo de la herejía.

ANT. *(Con serenidad y dulzura en contraposición á la irascibilidad de Patricio.)* ¡Sigue! ¡Sigue, desdichado! Mas aprende en mi actitud á ser humilde con el altivo. Mi religión está encarnada en los preceptos del ejercicio de virtudes, que nacen de la caridad; no en la práctica de actos exaltados en donde ridículamente se ostenta la vanidad, haciendo brotar satánicamente la envidia que arrastra tras sí la ira y el orgullo. Bien ves la mansedumbre con que he oído tus apóstrofes y me limito á suplicarte con la mayor dulzura en pró de ese desgraciado *(Por Eduardo.)* digno del mayor respeto y consideración, por estar bajo tu mismo techo. *(Intencionadamente.)* Recuerda lo que de tu

puño y letra has puesto en el manuscrito que me has entregado...

PAT. ¡Y qué! ¿Qué has visto en él? el fruto de la inexperiencia de la juventud. ¿No has leído también mi entereza para castigarme á mí mismo? Pequé con la carne, pues á la carne apelo para reivindicarme ante Dios, teniéndola cerca de mí, como constante tentación que rechazo y desprecio. Esta es la verdadera doctrina.

ANT. ¡No blasfemes ni invoques su santidad para exponer teorías tan erróneas como funestas! ¡De modo que, para expiar el yerro cometido en tu juventud, deshonrando á una desdichada mujer, te unes falazmente á otra para gozarte en la desgracia en que la arroja tu desprecio!

PAT. ¿Qué más puedo hacer que...?

ANT. Remediar en lo posible el mal causado á impulsos de un error de tu conciencia, atendiendo á la pobre Sofía, ya que desamparada la recogiste en tu casa al recuerdo del hijo que tienes abandonado, como igualmente consentir en el enlace de Angela con Eduardo, que por un secreto y providencial incidente sé que es, como el tuyo, hijo natural.

PAT. ¿Y eres tú quien me hace semejante proposición, mediando ese antecedente?

ANT. ¿Y qué ves de denigrante en ese pundonoroso Oficial? ¡Acaso la inocencia filial ha de ser responsable ni víctima de la infamia paterna!

PAT. Sin embargo...

ANT. No admito diatribas de ningún género. Si llegaras á encontrar á tu hijo en igualdad de circunstancias, ¿no procurarías por su honra, si habías de defender la tuya?

PAT. *(Dominado.)* ¡Déjame, Antonio! ¡Déjame por Dios!

ANT. Te dejo; pero ten entendido que la vida de Angela peligra si no se casa con Eduardo, en cuyo caso, y con toda propiedad, podría llamártese ¡Parricida!

PAT. ¡¡Parricida!!

ANT. Sí; ¡¡Parricida!! *(Se acerca á primera derecha aprovechando la estupefacción en que habrá quedado Patricio*

al oir su anatema, y llama á Sofía.) ¡Sofía! ¡Sofía! *(Salen Angela y Sofía, corriendo la primera á su padre.)*

ESCENA V.

DICHOS, SOFÍA y ANGELA.

ANG. ¿Pasa algo á papá? *(Corre hacia él.)*

ANT. No: hacedle compañía mientras voy á mi cuarto.

SOF. (¿Qué ocurre, Antonio?)

ANT. (Dí el primer ataque y creo haberle dominado. Extrema vigilancia.) *(Por la primera derecha y él hace mutis á la segunda izquierda.)*

ANG. Papá, no estés tan apesadumbrado. ¿Quieres que te lea alguna cosa para distraerte?

PAT. *(Preocupado.)* Como gustes... bien... *(Angela se dirigirá á la mesa, tomando de ella el libro de máximas que dejó Julián, y viene á sentarse en el taburete á los pies de su padre. Sofía se sienta en el velador y se pone á hacer hilas.)*

ANG. Aquí hay un tomo de máximas y pensamientos de hombres célebres. Voy á abrirlo al azar. ¿Te parace bien?

PAT. *(Distraido.)* No me parece mal.

ANG. Y tú, Sofía, ¿oirás con gusto la lectura?

SOF. ¡Oh! ¡sí!

ANG. Voy á dar principio. *(Leyendo.)* «*Ten cuidado de guiar, instruyendo á la infancia, dando á esta tierna flor el tiempo necesario para abrirse, y no la marchites teniéndola siempre abrazada con cariño imprudente.*» *(Hablado.)* ¡Qué confuso está esto para mí, papá! ¿A ver de quién es? *(Leyendo.)* *Máxima china.* ¡Bien decía yo que no la entendía! *(Con cándida admiración.)* ¡Si es china! ¿Quieres explicármelo tú, papá?

PAT. *(Disimulando el efecto que le produce la lectura.)* Sigue, hija mía, sigue.

SOF. (La Providencia ha abierto el libro.)

ANG. Vamos á otra. *(Lee.)* «*Los que dan buenos consejos sin acompañarlos de ejemplos, se parecen á los*

postes, que indican el camino sin recorrerlo.» Otra: «*El corazón de un padre no debe cansarse de perdonar...*» ¿Te molesta la lectura, papá? ¿Cierro el libro? *(Antonio al paño segunda izquierda.)*

PAT. *(Dominándose.)* No... prosigue.

ANG. «*En la historia del hombre egoista abundan el crimen y los remordimientos que encubre con infame hipocresía.*»

PAT. *(Con explosión colérica.)* ¡Mientes! *(Alarma en Sofía y Angela, que se levanta temblando y se pone en pie sin abandonar su sitio. Antonio desde el paño hará señales de tranquilidad á Sofía.)* (1)

ANG. Papá, ¡que me has asustado!... Yo no miento... Lo dice el libro...

PAT. ¡Pues miente el libro! *(Se lo arrebata de la mano y se pone en pie.)* ¿Qué libro es este que yo no conozco? ¿Quién le ha traído á mi mesa?

ANG. Es de Eduardo, que se lo ha regalado á Julián.

PAT. No me extraña entonces. ¡Infames imposturas que nos trae el progreso y la ciencia! *(Mientras dice esto, estruja con cólera el libro entre sus manos, y al terminar se dirige á la ventana, en cuyo momento Angela corre al lado de Sofía, la que la ampara con su cuerpo en actitud de defensa formando interesante grupo. Patricio se asoma á la ventana.)* ¡Cosme! ¡Tú, Juan! ¡encended una hoguera y echad en ella ese herético libro! *(Lo tira colérico.)* ¡Haced de él un auto de fe! *(Se vuelve al grupo formado por Sofía y Angela, algo repuestas por las señas y presencia al paño de Antonio, á las que mira completamente descompuesto y se dirige pausadamente á la puerta del foro sin dejar de mirarlas y siempre amenazante. Una vez que desaparece sale del paño Antonio y se dirige al foro para ver si se ha marchado, y al demostrarlo así, vuelve al grupo de aquéllas, que le saldrán al encuentro.*

---

(1) Faltaría á un principio de justicia, si no hiciese constar que D.ª Candelaria Carrión, á la que confié el papel de *Angela,* arrancó en este momento, con artística transicion, un nutridísimo aplauso, *sin estar escrito,* estando en el resto de la obra, así como los demás actores, á la altura que corresponde cuando se sabe interpretar y caracterizar los personajes tan galanamente como lo hicieron, todos, dejando plenamente satisfechas mis aspiraciones de autor.

ESCENA VI.

SOFÍA, ANGELA y ANTONIO.

ANT. Bien, hija mía; muy bien. Dios, bajo cuya protección estamos, ha guiado tu mano para abrir el libro y á tu vista para leer en él. Es quizá la mejor medicina que hemos podido aplicarle para combatir la terrible enfermedad moral que le devora.

ANG. *(Dando un suspiro de confianza.)* ¡Ay, qué miedo! No tan fácil se me quita el susto. Nunca le he visto tan enfadado.

SOF. Tranquilízate, Angela; no ha sido nada. Ve ahora á contentarle con tus halagos.

ANT. Sí; y mientras tanto hablaremos Sofía y yo de un asuntillo que tú no debes oir.

ANG. *(Haciendo mutis segunda derecha.)* (¡Que yo no debo oir!... pues aunque sea indiscreción he de sorprenderlo.) *(Se queda al paño, y Sofía y Antonio se sentarán dándole la espalda, una vez que como casa blanca no puede haber portier para ocultarla.)*

ESCENA VII.

SOFÍA, ANTONIO y ANGELA al paño.

ANT. Sentémonos, Sofía. La hora de la prueba se acerca y es preciso hablemos íntimamente.

SOF. Querido Doctor, me tiene usted incondicionalmente á su disposición...

ANT. Habrá usted notado, como yo, que el pobre Patricio, su esposo de usted...

SOF. ¡Doctor! *(Con amargura.)*

ANT. Comprendo ha de molestarle ese atributo, pero entra en el plan que me he formado para su completa curación. He de conseguir además el casamiento de Eduardo con Angela...

ANG. (¡Qué alegría! ¡Dios te oiga!)

ANT. El destruir esa injustificada valla que entre ustedes dos existe, alejando la felicidad del matrimonio.

SOF. Favor que solamente agradecería á usted, por mi dignidad de esposa, que considero ultrajada.

ANT. Ya he contado á usted la pena que aflige á Patricio. El remordimiento que pesa sobre su conciencia al ver que tiene un hijo natural abandonado, ignorando cuál sea su suerte, es la principal causa de su abatimiento y desorden moral.

ÁNG. (¡Conque tengo un hermano!)

SOF. Así lo he visto en el manuscrito que me ha confiado usted secretamente para su lectura... Mi mayor anhelo fuera el encontrarle para compartir con él y Ángela todo mi acendrado cariño.

ANT. Así lo creo dada su bondadosa condición. Pues bien: sin perjuicio de abrirle nuestros brazos á ese hijo, caso de aparecer, hemos de aprovechar esta coyuntura, inclinando á la reparación en términos de que admita el casamiento de Angela y Eduardo, que también es hijo de padres desconocidos.

SOF. *(Sorprendida.)* ¡Eduardo!

ANG. (Ahora le quiero más por esta misma circunstancia.)

SOF. ¿Y cómo habéis llegado á saber...?

ANT. Designios del Altísimo, que enlaza en esta vida, con sus misteriosos arcanos, la de todos los mortales. Hace treinta años, recién concluída mi carrera, era Médico del Hospital de Madrid. Un día, hallándome de guardia, condujeron á él á una infeliz mujer con los síntomas precursores del alumbramiento. Su majestuosa figura; sus perfiles de hermosura, ya ajada, y los detalles de buena posición que aún conservaban sus vestidos, sin que las huellas del sufrimiento y de las vicisitudes hubieran podido borrar del todo, me inspiraron un vivo interés hacia aquella desdichada dirigiéndola frases de consuelo. Ella, correspondiendo á mis atenciones, me entregó un pliego cerrado, diciéndome contenía documentos de familia y su retrato, á cuyo dorso constaba

el nombre del seductor, suplicándome que en caso de morir me constituyera en legatario de él y le conservase en mi poder hasta la mayoría de edad del fruto de su desgracia, á quien debía entregárselo. Llegó el momento supremo, y dió á luz dos niños, un varón y la otra hembra, sucumbiendo á los pocos instantes, víctima de la severa rigidez de la Naturaleza. Yo, inspirado no sé por qué idea, tomé mis precauciones para el porvenir en favor de las angelicales criaturas, y á consecuencia de ellas, puedo asegurar á usted que Eduardo es el hijo varón de aquella infeliz mujer.

SOF. ¿Y cómo perdísteis sus huellas en los primeros años?

ANT. Terminaré. Fueron entregados á la casa de Maternidad, de donde los sacó una caritativa mujer que acababa de perder á su hija, para cuidarse de su lactancia. Yo la auxiliaba en lo que podía para que nada faltase á los niños; mas habiendo tenido que abandonar á Madrid precipitadamente por causas políticas, no regresé hasta los cuatro años, encontrándome con que había desaparecido de la corte la mujer con los niños, sin que me haya sido posible dar con las huellas, hasta que ahora, por una casualidad providencial que más adelante conocerá, he descubierto que Eduardo es el hijo. Hoy espero el pliego que tengo depositado en Madrid para entregárselo, según fué la voluntad de su desventurada madre.

SOF. Es en extremo interesante su relación, y cuente usted con mi ayuda...

ANG. (Y con la mía.)

ANT. Ahora lo más urgente es preparar la entrevista de Eduardo y Patricio. Vaya usted á ayudar á Julián para trasladar aquí á Eduardo, mientras yo voy por Patricio. *(Vase foro, y Sofía primera derecha, saliendo Angela.)*

ESCENA VIII.

ANGELA; á poco SOFÍA, EDUARDO y JULIÁN, que saldrá sostenido por Sofía y éste, con andar torpe y huellas de estar en período de convalecencia. Julián, al objeto de que sus apartes los pueda dar al público, lo traerá sosteniéndole del brazo derecho.

ANG. ¡Qué es lo que he oído! ¿Que mi Eduardo no tiene padres conocidos? No importa; esto me decide más á unir mi suerte á la suya. *(Va al encuentro de Eduardo, que saldrá de uniforme luciendo la cruz de San Fernando, y en zapatillas y kepis ó gorra de cuartel de Oficiales.)* Vamos, señor valiente; vamos á ver esos bríos de guerrero.

ED. Angela mía, cnando me encuentro entre ustedes me conceptúo prisionero.

JUL. (Y cuando te cases estarás en cadena perpetua.)

ANG. ¡Adulador! *(Le sientan en el sillón.)*

JUL. (Ya tragó el anzuelo encebado.) *(Voces de Patricio y Antonio dentro.)*

SOF. Pronto, niña; retirémonos, que viene tu padre con Antonio. Eduardo, mucha prudencia, sin ofenderse de la aspereza de su carácter.

ED. No me faltará.

SOF. Tú, Julián, detrás de esa bandera...

JUL. Y ojo avizor y... ¿no es eso?

SOF. Eso es.

JUL. Confíe usted en mí.

ANG. Animo, Eduardo mío.

ED. Le tendré.

SOF. Vámonos, niña. *(Sofía y Angela hacen mutis segunda derecha, y Julián queda al paño en primera derecha oculto tras de la bandera.)*

ESCENA IX.

EDUARDO, ANTONIO y PATRICIO, que aparecen por el foro, y JULIÁN al paño.

ANT. *(Al entrar.)* Así me gusta, enfermo; de pinito en pinito llegaremos al estado normal.

ED. Así lo espero y muy en breve, dada tan buena dirección por parte de usted, Doctor, y tan esmerados y solícitos cuidados por este caballero, á quien tengo el honor de saludar y mostrarle mi agradecimiento, así como á su interesante familia. *(Intenta levantarse.)*

ANT. Quieto; no lo permito. *(Impidiéndolo.)*

PAT. (¡Y que tenga que ceder por el dominio que sobre mí ejerce Antonio!)

ANT. *(A Patricio.)* (Acércate y no seas arisco, no olvides la promesa que me has hecho de concederle la mano de Angela y de que hablarías tranquilamente.

ED. (¡De qué tratarán!)

ANT. *(Sentándose entre los dos dice á Eduardo.)* (No hay que alarmarse, es nuestro.)

ED. *(Con alegría.)* ¡Oh! ¡qué felicidad!) *(A Patricio.)* Le ruego humildemente admita la gratitud del hombre que va á deberle la felicidad suprema.

PAT. Agradézcaselo usted á Dios, que ha guiado mis pensamientos.

ANT. *(A Eduardo.)* (¡Prudencia!) *(A Patricio.)* (¡Esa tenacidad de carácter!)

PAT. Ya Antonio me ha hecho reconocer sus aspiraciones á la mano de mi hija, y en su buen criterio comprenderá toda la violencia de mi concesión, sabiendo como sé que sus padres... *(Marcando estas palabras con tono despreciativo.)*

ANT. (¡Patricio!)

ED. *(Con indignación.)* ¡Caballero!

ANT. (¡Prudencia! ¡Prudencia!) *(A Eduardo.)*

ED. *(Sin hacer caso.)* Ningún hijo, por infame que sea, puede consentir se ofenda á sus padres, aun cuando como yo tenga la desgracia de no conocerlos. *(Sentenciosamente.)* Ellos serán responsables de sus obras ante el único que tiene derecho á pedirles cuenta.

JUL. (Bien dicho; se lo merece ese viejo marrullero.)

ANT. *(A Patricio.)* (Pronto una satisfacción que remedie el mal hecho, ¡imprudente!)

PAT. *(Forzado.)* Caballero Oficial, no fué mi ánimo ofender á los autores de sus días...

ED. En ese caso, no hay ofensa.

ANT. Así lo esperaba, como igualmente creo terminarán ustedes la conferencia con el mayor cariño. *(Ruido de colleras.)* El correo. Voy por la correspondencia. *(Llamando.)* ¡Sofía! *(Esta aparece segunda derecha.)* Esté usted al cuidado, mientras regreso, por si se ofrece algo. *(Dicho con intención.)* (Siéntese usted aquí entre los dos.) *(Sofía se sienta, y Antonio se dirige disimuladamente á primera derecha, en donde está Julián, á quien dice con reserva.)* (Tú, mucho cuidado, y... listo.)

JUL. (Comprendido.)

ANT. (Que no tenga motivo de queja á mi regreso.) *(Mutis foro.)*

ESCENA X.

PATRICIO, EDUARDO, SOFÍA y JULIÁN (al paño).

PAT. Una vez concertado su casamiento con Angela...

SOF. (¡Qué escucho!) *(Con alegría disimulada.)*

JUL. (¡Pobretico! ¡ahora sí que está en peligro de muerte!)

PAT. Hemos de convenir las bases de él y disposiciones para el porvenir... la seriedad del acto...

JUL. (¡Ya lo creo! Cásate, cabrito, y perderás el saltico.)

ED. Me tiene usted á su disposición...

PAT. Creo debía usted, por conveniencia de todos, abandonar una carrera tan azarosa y llena de peligros y sinsabores. *(Dicho con mucha intención.)*

ED. Me pide usted casi un imposible; tanto, quizás, como que desista de la mano de Angela, que sería firmar mi sentencia de muerte.

JUL. (Eso se llama tener conciencia.)

PAT. No comprendo...

ED. Me explicaré. Tengo treinta años; á los veinte abandoné el oficio de carpintero á que me habían dedicado mis padres, para empuñar el fusil al servicio de la patria. Desde aquel momento nació aquí una llama de entusiasmo por la carrera de

las armas, á la que me dediqué, lleno de fe, con decidida constancia. Completé mi instrucción, de la que sólo poseía los primeros rudimentos, atendiendo las escasas facultades de mis padres, y pude con laboriosidad y honradez ascender á Oficial.

JUL. (Algo te ayudaría el Himno de Riego.)

PAT. Conformes; pero ese entusiasmo no implica...

SOF. Respeta, Patricio, las opiniones...

PAT. ¡Silencio; no te mezcles!...

ED. ¡Oh! permítala usted tome parte en nuestra discusión...

PAT. Las mujeres no entienden de estas cosas... Pues decía, que ese entusiasmo y esos brillantes servicios los dedicara á defender...

JUL. (¡Ah carcunda!)

ED. *(Con impaciencia.)* Concluya usted...

PAT. *(Recalcando la intención.)* A defender otra causa más santa...

JUL. (¡No lo dije!) *(Gran indignación en Eduardo, que intentará, apoyándose sobre los brazos del sillón y mientras increpa á Patricio, ponerse en pie. Se levantan Patricio y Sofía, aquél en actitud colérica y Sofía conciliadora. Julián se presenta en escena en actitud espectante y cerca de Patricio para ganarle la acción cuando saque el puñal.)*

ED. ¡Oh! ¡calle usted esa boca! ¡¡miserable fanático!!

SOF. ¡Por Dios, Eduardo!

ED. *(Rechazándola.)* ¡Que rompa el juramento de lealtad que tengo hecho á mis banderas, para poner traidoramente mi espada á su disposición!... ¿Sabes lo que dices?

JUL. (¡Y tanto!)

ED. ¿Crees que haya en el Ejército español un solo individuo, tan vil, que se olvide de su pundonor y glorioso deber?... Reniego de tí, ¡¡miserable reptil!! reniego también de tu hija, pues tan sólo por ser, tú, su padre empañaría la inmaculada honra que, á pesar de mi oscuro linaje, me da esta cruz *(Por la de San Fernando.)* orgullo de todo militar.

JUL. (¡Bien por los valientes!)

PAT. *(Cegado por la cólera.)* ¡Oh! ¡Sacrílego! ¡Hereje! ¡Vas á morir! *(Desenvaina el puñal.)*

SOF. *(Cubriendo con su cuerpo el de Eduardo.)* ¡Atrás, Cobarde! ¡Asesino! ¡Socorro! *(Al levantar el brazo para herir, Julián le gana la acción y le sujeta el brazo. Eduardo consigue ponerse en pie y Antonio aparece presuroso por el foro trayendo un pliego y una fotografía, colocándose, para enseñársela á Patricio, á su izquierda, el cual, al verla, dejará caer el puñal, que recogerá Julián.*

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ANTONIO y ANGELA.

ANT. Detén tu brazo, ¡desgraciado!

ANG. *(Saliendo segunda derecha.)* ¡Padre mío! ¡Eduardo! *(Se coloca junto á éste y Sofía en actitud de defensa.)*

ANT. ¡Hiere á esta fotografía!

PAT. *(Al verla.)* ¡¡¡Adela!!! *(Deja caer el puñal.)*

ANT. Sí; la víctima de tu lascivia. Lee ahora el clamor de la moribunda víctima. *(Le presenta la fotografía por el dorso.)*

PAT. ¡Cielo santo! *(Con ansiedad.)* ¿Y mi hijo?

ANT. *(Señalándole á Eduardo.)* !Ahí le tienes! ¡¡ese es!! ¡¡¡mátale!!!

ED. *(Cayendo desplomado en el sillón y abriendo los brazos á su padre.)* ¡Padre mío! ¡Perdón!

PAT. *(Corriendo á abrazar á su hijo.)* ¡Hijo de mi alma!

ANG. ¡Gran Dios! ¡Mi hermano! *(Víctima de la mayor sorpresa en brazos de Sofía.)*

ANT. *(Corriendo al grupo de éstas.)* ¡Valor!... ¡Dios lo ha dispuesto así!...

TELÓN RÁPIDO.

FINAL DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

La misma decoración, sin la bandera, que en el acto anterior.—Es de noche y la escena alumbrada por un velón.—En la mesa del foro botiquín, botella y vaso de agua. Una imagen sagrada sobre la mesa recostada contra la pared y alumbrada por una lamparilla.

ESCENA PRIMERA.

JULIÁN y SERVIDOR 1.º

SERV. Tío Julián, algo grave debe pasar en esta casa, cuando usted ha perdido su buen humor y le veo tan pensativo.

JUL. Pues es nada lo del ojo, como decía el otro, y lo llevaba en la mano.

SERV. No comprendo.

JUL. El caso no es para menos. Es preciso tener un corazón de roca para no entristecerse con las escenas que aquí están pasando de un mes á esta parte.

SERV. Sí, desde que trajimos herido al Capitán. Esa fecha hará próximamente.

JUL. *(Hablando para sí.)* ¡Quién había de figurarse...!

SERV. ¿El qué, tío Julián?

JUL. ¿Qué te importa? curioso... Pecáis de indiscretos... ¡vaya un afán!

SERV. (Tú lo dirás sin que te lo pregunte.)

JUL. *(Distraído.)* Y la pobre Angela morirá... no hay remedio.

SERV. *(Probemos.)* ¡Pobre señorita! Ahora que le sonreía el porvenir... ¡Cuando quizás iba á casarse!

JUL. ¡Calla, bruto! ¿Cómo quieres que se casen dos hermanos?...

SERV. ¡Dos hermanos!

JUL. Pues claro; como que ha resultado que el Capitán y ella son hermanos. ¿Has visto alguna vez que éstos se casen? Primos, sí; pero con el breve del Papa de Roma.

SERV. De modo que Don Eduardo y la señorita Angela...

JUL. Son hermanos, y el zorro de Don Patricio el padre...

SERV. ¡Don Patricio!

JUL. Sí, hombre. ¡Qué torpe eres!... (Pero qué bruto soy... ¿Pues no le estaba diciendo lo que me han encargado de guardar el secreto? La fortuna que no he hecho más que indicárselo y no lo habrá comprendido.)

SERV. ¿Y la madre?

JUL. *(Mal humorado.)* ¡¡Una mujer!!... Vaya, vaya... ni que tú fueras... ¡Curioso!

SERV. (Variaremos de conversación para que caiga nuevamente en el lazo.) Dicen que la señorita Angela quiere ser hermana de la Cruz Roja...

JUL. Como que en dos días se ha hecho el hábito, y luego que concluya la guerra profesará.

SERV. Verdad que pasan cosas extrañas... para mí incomprensibles...

JUL. (Gracias á mi prudencia y discreción; ¡luego dirá mi amo que no soy diplomático!) Vamos á ver, cuando vienes aquí sin llamarte, no será á humo de pajas. ¿Qué quieres?

SERV. Pues sencillamente á pedir al Doctor, nuestro Jefe, que de ser un hecho los rumores que corren de paz, me permita ir á San Sebastián á ver á mi mujer é hijos.

JUL. Cuenta con el permiso. Cosme tardará poco en llegar con la balija del correo y nos dirá á punto cierto lo que haya de la pacificación. Mira, ya que has venido vas á ayudarme á dar de comer á las bestias.

SERV. Con mucho gusto.

JUL. Vamos. *(Vanse por el foro.)*

ESCENA II.

SOFIA y ANTONIO, saliendo por la primera derecha.

SOF. Antonio, ¿qué opina usted de la pobre niña? La verdad en toda su desnudez sin reservas ni misterios. *(Se sientan.)*

ANT. Sofía: espero un desenlace funesto; es más: lo aseguro, si le repite el vómito de sangre que la dió después de la fuerte impresión recibida al saber que el ídolo de su amor, su esperanza y su felicidad, era su hermano.

SOF. ¡Hija de mi alma! ¡Qué dolor!

ANT. Es preciso no contrariarla en nada; seguir en lo posible la corriente de sus caprichos, único medio de no violentar su quebrantado organismo, exponiéndola á un fin funesto y desastroso.

SOF. Eso hacemos su hermano y yo. Bien lo ve usted; se ha empeñado en ser Hermana de la Caridad y entre ella y yo hemos confeccionado en pocas horas el hábito y distintivo de la Cruz Roja.

ANT. Eso es; siga en la creencia de que ha de acompañar á su hermano cuando se incorpore á su regimiento, lo cual no sucederá, porque así como escribí al General en Jefe manifestándole que Eduardo se encontraba herido, le participo ahora esta nueva desgracia y espero de su buena amistad accederá á mis súplicas.

SOF. ¿Y Patricio?

ANT. También está grave; gravísimo. Las terribles impresiones que ha recibido le precipitan á la muerte, de la que desespero salvarle á pesar de emplear, como recurso extremo, esta terrible ponzoña que, por precaución, le administro por mí mismo. *(Saca del bolsillo un pomito que enseñará á Sofía.)*

SOF. Sin embargo; ha modificado, en extremo, su tenaz y poco comunicativo carácter.

ANT. Ahí es donde veo el peligro. Antes obraba en él la energía de éste y su temperamento excitado por el sistema nervioso, y hoy, como nueva com-

plicación, sucumbe víctima de terrible anemia y abatimiento. Esta es la causa de no haberme atrevido á decirle nada de su otra hija, la hermana gemela de Eduardo.

SOF. Pues es preciso buscar un medio, siquierra sea por esa pobre criatura, abandonada á su suerte, para que conste también en el acta de reconocimiento que intenta otorgar en favor de Eduardo.

ANT. En auxilio de sus bellos sentimientos, tengo salvado ese inconveniente, Sofía, sin recurrir á otros extremos.

SOF. Me congratulo de ello.

ANT. Patricio ha firmado ya la declaración con carácter privado por exigirlo así las especiales circunstancias de la guerra por que atravesamos, pero ante suficiente número de testigos para que en todo tiempo sea válida; y constando en los libros del Hospital de Madrid el nacimiento de los dos hermanos, resulta que el beneficio alcanzará á uno y á otro.

SOF. Es verdad; admiro en usted su previsión.

ANT. Hija de la práctica y vicisitudes por que he atravesado en mi vida. Mas aquí vienen los dos hermanos. Indiferencia y mucho halago con ella.

ESCENA III.

DICHOS, ANGELA y EDUARDO.

ANG. *(Por la segunda derecha. Aquélla sumamente pálida y ojerosa vistiendo traje de Hermana de la Caridad y Cruz Roja, apoyándose en el brazo de Eduardo, que continúa en traje de Capitán, y kepis ó gorra de cuartel de Oficial.* Doctor, va usted á verme de hábito antes que papá. ¿Me sienta bien?

ANT. Vanidosilla, bien sabes que sí.

ANG. No sea usted burlón ni profane la santidad que representa. *(Con cariñoso reprache.)* No se lo he preguntado por coquetería.

SOF. *(Saliendo á su encuentro como igualmente Antonio para ayudar á traerla al sillón.)* No, hija mía; Don Anto-

nio lo dice porque el hábito de la Cruz Roja inspira siempre simpatías. ¿No es verdad, Eduardo?

ED. Y tanto, que será mi mayor orgullo el ver á mi querida hermana cumpliendo su benéfica misión en los hospitales de sangre. Sentémonos. *(Lo hacen Angela en el sillón, Eduardo á su derecha, Sofía á la izquierda y Antonio detrás recostado de brazos en el respaldar.)*

ANG. ¡Oh! Anhelo el momento, por más que sea desgraciado, de encontrarme junto al lecho del moribundo. ¡Cuán grato debe ser consolar su aflicción, apaciguar su sed y restañar la sangre que brote de sus heridas! Y cuando con estos cuidados alcance su restablecimiento, ¡cuán grato también debe ser el haber luchado con la fiera muerte para arrancarle una de sus víctimas! *(Acongojada.)* Y terminada esta guerra fratricida, buscar la paz del alma en la soledad del convento.

SOF. ¡Calla, hija mía, calla; no digas eso!

ANT. (¡A que nos hace llorar!)

ANG. *(Con fingida entereza.)* ¿Os entristecéis?... ¿Por qué? ¿Qué temor nos amenaza? ninguno. Esta casa es hoy mansión de felicidad. Estamos todos juntos... Mi padre... algo enfermo, es verdad; pero con la fe en Dios y los conocimientos de nuestro Doctor... *(Buscándole con la mirada.)* ¿Dónde está usted que no le veo, mi buen amigo? ¿Me huye?

ANT. *(Conmovido.)* No, Ángela; estoy á tu lado.

ANG. ¿Es verdad que papá no está de peligro? ¿Que usted le curará?

ANT. Sí, hija mia, Dios mediante. *(A Sofía.)* (Llévesela usted de aquí y distráigala.)

SOF. Angela, ¿vamos á que papá te vea?

ANG. Nada más justo; vamos. Adiós, Eduardo. Hasta ahora, Doctor. *(Vanse llevándola Sofía del brazo por segunda derecha y Eduardo y Antonio las acompañan con marcados signos de tristeza.)*

ESCENA IV.

ANTONIO y EDUARDO.

ED. *(Pausa y se arroja en brazos de Antonio, víctima de la mayor desesperación.)* ¡Qué martirio, Doctor de mi alma!

ANT. Eduardo, valor, y no olvidemos que somos hombres, ni el estado, aún delicado, en que se encuentra usted.

ED. Si con el sacrificio de mi vida pudiese alejar de esta mansión de tristeza el dolor que la circunda, gustoso la ofreciera. *(Se sienta en el sillón con muestras de gran abatimiento.)*

ANT. Eduardo: el verdadero valor consiste en saber sufrir con resignación.

ED. ¡Pobre padre mío! ¡Desgraciada hermana! ¡Infeliz también tú, la que lloramos ausente!

ANT. Motivos son suficientes para desesperarse, mas tengamos fe y esperanza que dan alientos al corazón y conciliemos los medios de afrontar este cúmulo de aflicciones.

ED. *(Con resignación.)* Tiene usted razón.

ANT. La situación no es tan desesperada como usted, en su acendrado cariño, la vé. Verdad que Angela está grave, pero la ciencia cuenta con recursos para combatir su enfermedad. Su padre de usted, mi buen amigo Patricio, también lo está; mas su fin no es tan cercano como usted supone, y á no sobrevenir algún inesperado accidente, tendremos enfermo para tiempo, sí; lucharemos con las impertinencias propias de la enfermedad, pero han de pasar años para que nos abandone.

ED. Sus palabras me consuelan. Viva mi padre, cuya salud y vida tienen para mí más aliciente que todas las ilusiones que me hacía concebir mi carrera.

ANT. Dios mediante todo se conciliará. Hablemos como hombres formales y de corazón.

ED. Estoy á sus órdenes.

ANT. Si hemos de encontrar á Matilde, su hermana de usted, necesito saber todos los detalles que recuerde de su infancia.

ED. Son tan vagos los que sobre este punto puedo exponerle, que con decirle que ignoraba tener una hermana está manifestado todo.

ANT. No obstante, no hay que desconfiar. ¡Ah! olvidaba que le debo una explicación por haberle entregado abierto el pliego que su señora madre confió á mi cuidado.

ED. Su notoria honradez le abonaría contra toda sospecha de indiscreción, á no conocer las formalidades que se emplean en campaña. Ese pliego ha sido abierto y examinado por la inspección de guerra al pasar la línea.

ANT. En efecto. Salvado este incidente, volvamos á nuestro tema. Refiérame usted lo poco que recuerde de su infancia; aun cuando carezca de interés, pudiera muy bien dar con algunos datos útiles á nuestro propósito.

ED. Los que hasta ahora he tenido por padres, viven aún, y son un honrado matrimonio residente en Reinosa.

ANT. Antecedentes son que han de darme mucha luz en mis investigaciones. Silencio. *(Salen por la segunda derecha Don Patricio con andar torpe y sumamente demacrado apoyado en Sofía y Julián. Angela les sigue.)*

ESCENA V.

DICHOS; PATRICIO, SOFÍA, ANGELA y JULIÁN.

JUL. Apóyese usted con toda confianza, señor. (Al fin le voy queriendo porque vá demostrando ser bueno.)

PAT. *(A Eduardo)* ¿Cómo no estás acostado, hijo mío? Tu estado es aún muy delicado.

ANT. No, Patricio; ya no hay peligro. Cicatrizadas las heridas, la robustez de su constitución se encargará de completar la obra.

ÁNG. Efectivamente, papá; mi hermano mejora de día en día.

ED. Gracias á tus solícitos cuidados, hermana mía.

SOF. Siéntate, Patricio. Pronto darán las ocho, y después que Antonio te dé la medicina te traeré el caldo

PAT. ¡Cuántas molestias os estoy causando! ¡Cuánto sufrimos todos!

ANT. La paciencia es el remedio de todos los males. Esos mismos sufrimientos nos han puesto en el camino de la felicidad; por consiguente, démoslos por bien empleados.

ANG. *(Sentándose en el taburete á los pies de su padre; empieza la tormenta entrando los relámpagos por la ventana.)* Papá, ¿quieres que lea el santo del día?

PAT. Más tarde, hija mía. *(Truenos.)* Mala noche tenemos... Sofía... Julián... encended el farol de la torre y que suene el esquilón para que sirva de guía al extraviado; y por si llega alguno, preparad candela con que enjugar sus ropas y alimento con que saciar su apetito.

JUL. (Este no es aquél.)

ANT. Papá, ¿voy también yo? *(Trueno y relámpago.)* ¡Jesús! *(Se santiguan.)*

PAT. La tormenta arrecia; no sería infructuoso el que los criados salieran á recorrer estas cercanías por si algún caminante necesitara de nuestros auxilios.

JUL. (Ya es otro hombre.) Voy corriendo, señor, á cumplir su deseo. *(Vase por el foro.)*

ANT. (¡Oh! ¡Si pudiéramos curar su cuerpo como sanada tenemos su alma!...) Voy yo también á que se cumplan tus órdenes, Patricio. Eduardo te hará compañía.

ED. ¿Quién mejor?

PAT. Sí; también deseo hablar á solas con él.

ANT. *(A Sofía y Angela.)* Pues vámonos. (Ahora pueden quedarse solos; son dos almas fundidas en un solo cariño.) *(Vanse Sofía, Angela y Antonio por el foro. La tormenta sigue, entrando los relámpagos por la ventana. Eduardo á una indicación de Patricio se sienta á su lado en una silla volante.*

ESCENA VI.

PATRICIO y EDUARDO.

PAT. Hijo mío, la lucha de la vida tiene su término como el de todas las cosas en este mundo. Todos tenemos un sagrado deber que cumplir: el amor al prójimo; pero una funesta pasión nos lo hace olvidar; esta es, el egoismo que nace del inmoderado amor propio.

ED. Escucho á usted con religiosa atención.

PAT. Mi misión en este mundo ha terminado y empieza la tuya, la de reparar el daño que he causado y recuperar la honra de mi nombre, quizás maldecido, por mi villano proceder contra tu desgraciada madre.

ED. Padre mío, tranquilizáos. Doloroso es cuanto me dices; pero ante la sinceridad de vuestro arrepentimiento, mi madre os perdonará desde el cielo, como yo aquí, desde la tierra... *(Pequeña pausa. Se abrazan, y un fuerte relámpago y trueno les separa, asustándose Patricio.)*

PAT. *(Mirando atemorizado hacia la ventana.)* ¡¡Hijo mío!!

ED. No os asustéis; ese bronco sonido que recorre el espacio, no es, como dicen, de cólera divina, sino los efectos de la grandeza del Hacedor que bondadoso nos permite admirarla.

PAT. Sí, hijo; esa es la verdadera doctrina, la base de la religión, no la falsa y errónea escuela que ya ciego y fanático he sustentado para causa de tantos males... En otra ocasión te pedí faltaras á sagrados deberes y juramentos, y hoy te suplico, quizás al borde de la tumba, que tus esfuerzos y saber los dediques á engrandecer la obra del Progreso, dando á los pueblos ciencia, paz y libertad. *(Cesa la tormenta, Antonio al paño, al foro oye las últimas palabras de Patricio con grandes muestras de regocijo.)*

ESCENA VII.

DICHOS y ANTONIO.

ANT. ¡Bravo! ¡Bravísimo! Te doy el alta en la enfermedad moral; estás curado radicalmente. *(Le abraza.)* Y á usted la enhorabuena por haber sido un poderoso auxiliar. *(A Eduardo.)*

ED. Que no se separará de esta casa hasta la total curación de su querido padre.

PAT. Antonio, me siento más fuerte; mi ánimo es cada vez mayor.

ANT. (Desgraciado! ¡Esa falsa mejoría es el anuncio de tu muerte!)

ED. ¿De veras, padre mío? ¿Qué opina usted, Doctor?

ANT. Dios ha dicho al cuerpo vive y al alma espera: así, fundados en esta sagrada parábola, esperemos. Vamos á otras noticias y buenas, querido Eduardo.

ED. *(Con ansiedad é interés.)* ¿Qué?

ANT. Acaba de llegar el propio que mandé á Vitoria, y me dice mi amigo el General en Jefe que, sin perjuicio de mandar la oportuna Real orden, empiece usted á disfrutar la licencia indefinida que se le concede para atender al restablecimiento de su salud, al mismo tiempo que pueda cuidar de la de su padre.

PAT. ¡Gracias, Dios mío! Al fin no se separará de mi lado.

ESCENA VIII.

DICHOS; SOFÍA y ANGELA por el foro.

ANG. ¡Papá, papá! ¡Qué alegría! ¡Qué felicidad! *(Se sienta en el taburete á los pies de su padre cogiéndole las manos y besándoselas. Los demás alrededor formando interesante grupo.)*

PAT. ¿Cuál es la causa de tu regocijo, hija mía?

ANG. Las buenas noticias que trae Cosme de la guerra.

ED. *(Con entusiasmo.)* ¿Qué ventura espera á mis hermanos de armas? ¡Habla por Dios, Angela!

ANG. Dice que la paz es un hecho; que él mismo ha observado que el paso por las líneas de uno y otro ejército le ha sido más fácil y asegura también haber visto que los soldados de unas y otras avanzadas fraternizaban alegremente, bebiendo juntos, abrazándose y llorando de alegría á la par que se llamaban hermanos.

PAT. Sí que lo son.

ANG. Entonces, ¿á qué esa guerra, causa de tantos estragos y desgracias? Explícamelo, papá.

PAT. Echemos sobre este punto un tupido velo al pasado, y pidamos al Omnipotente no corrompa con la ponzoña de la ambición la santidad de todo ideal.

ANG. Esas máximas son las que me enseña Sofía, diciéndome no olvide á Dios y que, sin soberbia ni orgullo, mire y haga por el prójimo lo que yo quiera para mí.

PAT. *(Entusiasmado por las palabras de Angela.)* Ven, esposa mía; ven y perdona al que tanto te ha martirizado y pide á Dios me devuelva la salud perdida para que, como esposo honrado y digno, cicatrice la herida que infirió á tu alma mi inícuo proceder.

SOF. Pensemos en estos momentos sólo en tu restablecimiento, esposo mío.

ANT. Sí; pensemos en el presente. Esta noche va á ser para todos de contento y alegría. Será preciso que, como extraordinario, tengamos velada. *(Mira el reloj.)* Ya es la hora... Sofía, tráigame usted medio vaso de agua. *(Trae Sofía de la mesa del foro el agua, y Antonio saca del bolsillo un frasquito y se pone á preparar la medicina, sumamente preocupado por la preparación que Patricio observará atentamente.)* Daré á Patricio la poción, é ínterin la toma... *(A Eduardo.)* (Déjenme ustedes solo con él.)

SOF. ¿Vámonos?

ED. *(A Sofía.)* (Va á hablarle de mi hermana.)

ANG. (¡Oh! mi tranquilidad está en el convento.)

SOF. (Dios le ilumine.) *(Hacen todos tres mutis segunda derecha.)*

ESCENA IX.

ANTONIO y PATRICIO.

PAT. Mucha precaución tomas con ese líquido; deben ser terribles sus efectos.

ANT. Es un preparado de arsénico que produciría la muerte casi instantáneamente, á no usarlo con prudencia.

PAT. Haces bien de administrármelo por tí mismo.

ANT. Dejemos que la precipitación se verifique para que lo tomes, y después charlaremos un rato de cualquier cosa... Ya está; toma. *(Sin dejar de observar el contenido del vaso.)*

PAT. *(Después de beberlo.)* Que correspondan sus efectos al gran deseo é interés que por mí demuestras.

ANT. Así sea. *(Se sienta á su lado, dejando el pomo ó frasco de donde ha echado la medicina, como por olvido, al alcance de Patricio.)*

PAT. Recuerdo que ayer me ofreciste hacerme una revelación cuando el estado de mi salud lo permitiera; esta noche me encuentro con fuerzas para oirla, por grave que sea. Nunca mejor ocasión.

ANT. (Me ha ahorrado la preparación.) Efectivamente; estás más animado de lo que yo esperaba, y en cuanto á la enfermedad varía completamente de cáriz.

PAT. Tus palabras me fortifican y consuelan...

ANT. (¡Desdichado!)

PAT. Empieza á hablar; te escucho.

ANT. Hace cosa de un mes, al confiarme el manuscrito que me puso al corriente del secreto de tus pesares y al ofrecerte ser tu auxiliar para encontrar al hijo que la casualidad ha arrojado en tus brazos, entró en tí el período de conformidad.

PAT. Así fué; mas no comprendo que vayamos á hablar de lo que ya no creo sea una necesidad, por

tener á mi hijo cerca de mí, gracias á la Divina Providencia.

ANT. Sin embargo, aún nos queda algo que hacer sobre esto mismo.

PAT. *(Confuso.)* ¡Que hacer! Explícate.

ANT. Se han dado casos de fecundidad.

PAT. ¿Qué quieres decir? ¡Ah! ¡Sí, te comprendo! Luego Eduardo...

ANT. Tiene, ó mejor dicho, tuvo una hermana gemela, á la que, lo mismo que á él, grabé una endeleble señal en sus espaldas en el mismo instante de abandonar el claustro materno.

PAT. *(Con sorpresa.)* ¡Una señal!

ANT. Sí; una señal...

PAT. Continúa.

ANT. A falta de otras especiales en la ropa ó escrito alguno, medios siempre susceptibles de extravío, marqué con mi sortija, en su delicado cutis, mis iniciales y casco de honor.

PAT. ¡Tus iniciales... A y C... y el casco de honor!

ANT. Sí.

PAT. Esas son las que Sofía me ha confesado tiene en su espalda como señal de nacimiento... ¡Horror!...

ANT. ¡Qué dices, desventurado!...

PAT. Sí... *(Llamando.)* ¡Sofía!... ¡Sofía!...

ANT. ¡Oh! ¡Calla, calla! Antes es preciso... *(Hace mutis presuroso segunda derecha.)*

ESCENA X.

PATRICIO solo, dejándose caer en el sillón y cubriéndose la cara con ambas manos, y JULIÁN al foro al paño en su tiempo.

¡Soy un monstruo! ¡Mi pecho quiere estallar!... ¡Me horrorizo de mis propias obras! ¡No veo más que un lago de sangre á mi alrededor y una atmósfera de deshonra que me asfixia... ¡Es preciso morir para sepultar conmigo tanta vileza!... ¡Pero cómo! *(Repara en el tarrito olvidado por Antonio, cogiéndolo con satánica y terrorífica alegría. Julián al*

paño.) ¡Ah!... ¡Tú!... ¡Sí!... ¡Tú, mortífero líquido!... ¿Ibas á darme la vida? ¡No!... ¡no la quiero!... ¡La muerte!... ¡Dáme la muerte, que la ansío!!... *(Bebe, y Julián, que habrá oído estas palabras, viene presuroso á él.)*

JUL. *(Desde el paño asombrado.)* ¡La muerte!... *(Corriendo á él.)* ¡Señor!... ¡Oh! Corro... ¡Doctor! *(Mutis segunda derecha.)*

PAT. ¡Lavas candentes corren por mis entrañas! ¡Adela!... Adela, ¡perdón!... Yo mismo te he vengado... ¡Agua!... ¡Me abraso! *(Gritando.)* ¡Antonio!... ¡Hijos!... ¡Socorro!... ¡Agua! *(Salen todas las figuras rodeándole en primer término Sofía y Angela formando grupo interesante.)*

ESCENA ULTIMA.

Salida general.

ED. ¡Padre mío! ¿qué ocurre?

SOF. ¡Patricio!

PAT. ¡Hijos!... ¡Ángela!

ANG. ¡Padre adorado!... Qué nuevo infortunio...

SOF. ¡Antonio!... ¡Antonio!

ANT. *(Saliendo seguido de Julián.)* ¡Cielos santos!

ED. ¡Antonio! ¡Mi padre fallece!...

ANT. (Desgraciado de mí, ¡qué imprudente he sido!) Patricio, ¿qué es esto?

PAT. ¡Mi justo castigo!

ANT. ¡Pero...! *(Le quita el frasco y lo ve vacío.)* ¡Infeliz! *(Corre al botiquín y figura preparar un contraveneno y vuelve presuroso.)*

SOF. *(A Antonio mientras está en el botiquín.)* ¡Por Dios, Antonio, sáquenos usted de esta ansiedad!

ED. ¡Mi padre!

ANT. *(Tétricamente y volviendo.)* ¡No hay salvación!

ANG. ¡Dios misericordioso!

SOF. ¡Antonio!

ANT. ¡Vá á ser inútil, pero probemos. *(Le da á beber.)*

ED. Padre, ¿qué ha hecho usted?... ¿Por qué ha atentado contra su vida?

PAT. ¡Hijo!... ¡El dedo de Dios me señala este nuevo sacrificio!

SOF. *(Con amargura.)* ¡¡Esposo adorado!!

PAT. ¡¡No!!... ¡¡Sofía!! No; no más esa palabra... ¡¡¡Eres mi hija!!!

ED. ¡Gran Dios!

SOF. ¡Yo tu hija!

PAT. Sí; la hermana gemela de Eduardo...

ED. ¡Mi hermana!
SOF. ¡Horror!
ANG. ¡Jesús!
(Casi á la vez ó muy rápido este picadillo.)

PAT. ¡Antonio justificará esta declaración!... *(Fallece, y los actores pueden hacer una exclamación adecuada, tomando la actitud que marque el director escénico.)*

ANT. *(Con solemnidad y mirando al cielo.)* ¡Justicia divina! *(Al público.)* ¡He aquí los *Frutos del fanatismo!*

TELÓN RÁPIDO.

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La Mano de la Providencia, melodrama en tres actos y un prólogo. *(Episodio de la guerra de Cuba.)*

Paralelo conyugal, comedia cómica en dos actos.

¡A Sevilla! juguete cómico en un acto.

Modelo animado, juguete cómico en un acto.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín,* Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado,* calle de Esparteros, 11; de *Guttenberg,* calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª,* calle de las Infantas, 18; de *Escribano y Echevarría,* Plaza del Angel, 12; de *Hermenegildo Valeriano,* calle de San Martín, 2, y *Sres. González é hijo,* Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné,* 15, rue Monsigni, PARIS. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle,* Praça de D. Pedro, LISBOA; y *D. Joaquín Duarte, de Mattos Junior,* rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA: *Cav. G. Lamperti,* Via Ugo Fóscolo, 5, MILÁN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio DOS pesetas.